

LENGUAS EN UN MUNDO GLOBAL

Montserrat Martínez Vázquez
Catedrática de Filología Inglesa

Excelentísimo Sr Rector Magnífico de la Universidad Pablo de Olavide

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades

Miembros de la Comunidad Universitaria

Señoras y Señores

El pasado mes de julio recibí una llamada del Servicio de Protocolo comunicándome que me correspondía dictar la lección inaugural en representación de la Facultad de Humanidades. Iba a ser por necesidad distinta a todas las anteriores. En estos tiempos de extrañeza, como los define Salman Rushdie, ya nada nos resulta extraño y acepté esta honrosa invitación no sin cierta sensación de incertidumbre.

No me resultaba difícil escoger un tema que pudiera interesar a un amplio público, pues mi campo de investigación está en boca de todos. Como tan acertadamente apunta la lingüista polaca Anna Wierzbicka el *homo sapiens* es esencialmente un *homo loquens*, un ser parlante. Puede decirse que somos, como el grupo rock de los 80, *Talking Heads*, «cabezas parlantes». Todos usamos la lengua –las lenguas– y opinamos sobre ellas. Por eso hoy, en homenaje a mi departamento, quiero reflexionar sobre las lenguas en un mundo global.

Comenzaré por los orígenes, la lengua materna.

1. Lengua materna

En el diálogo platónico *Menón*, se expone la teoría del aprendizaje como recuerdo, la famosa *anámnesis*. Esta sorprendente teoría postula que todo lo que aprendemos durante nuestra vida es, en realidad, un recuerdo de lo que sabíamos en el mundo de las Ideas. Naturalmente la teoría de la anámnesis presupone el mito de la inmortalidad del alma, que pre-existe antes del nacimiento y sobre-vive después de la muerte.

En el mundo de las Ideas, el alma adquiere todos los conocimientos, que olvida después, cuando cruza el río Leteo (el río del olvido) y queda encerrada en un cuerpo mortal (σῶμα σῆμα, el cuerpo como tumba del alma). Pero poco a poco puede ir recordando lo que supo allí, y ese arduo recordar se siente como aprendizaje.

Para demostrar esta teoría, Sócrates lleva a cabo un experimento: hace que su interlocutor (Menón) llame a uno de sus esclavos. Mediante hábiles preguntas, Sócrates «demuestra» que el inculto esclavo «sabe» geometría. Con las preguntas adecuadas, Sócrates guía al alma del esclavo para que «recuerde» los conocimientos geométricos que había adquirido en el mundo de las Ideas y que tenía olvidados.

Autores como el sevillano Emilio Lledó dudan de que Platón creyese realmente en esa supuesta reminiscencia del esclavo, y proponen que para entender esa teoría platónica debemos fijarnos en la condición que Sócrates pone para llevar a cabo el experimento con el esclavo (Pl. 82b):

Ἕλληγν μὲν ἔστι καὶ ἑλληγνίζει;
¿Es griego y habla griego?

La lengua materna es el verdadero mundo de las ideas, que pre-existe antes que nosotros. Cuando se nos enseña una lengua materna, se nos regala la mayor masa epistémica que recibimos en toda nuestra vida.

La lengua materna guarda, como un mar, todo lo que se ha hablado y pensado durante siglos. Todo lo que se ha sentido y expresado con palabras. Y esa masa de conocimientos configura nuestra forma de ver el mundo y, de alguna manera, nos

configura a nosotros también: es la base más firme de nuestra identidad cultural, que nos acompañará siempre por muchas lenguas que aprendamos y hablemos.

2. La lengua como prisma

La lengua materna nos proporciona una visión del mundo. Veamos algunos ejemplos. Dan Slobin, psicolingüista de la Universidad de Berkeley, señala un hecho curioso:

I found that I often had to open a Spanish book several times to find a page with a motion event, whereas this was hardly the case for the English novels [...] the English writers are quite concerned with moving their characters from place to place, whereas the characters in the Spanish novels often simply appear at a new place.

(Slobin 1996: 207)

[Descubrí que a menudo tenía que abrir un libro en español varias veces hasta encontrar una página con un evento de movimiento, mientras que este no era el caso de las novelas en inglés [...] los escritores ingleses se preocupan bastante por mover a sus personajes de un lugar a otro, mientras que los personajes de las novelas españolas a menudo simplemente aparecen en un lugar nuevo.]

Slobin parece haber comprendido desde fuera un rasgo característico del español. De hecho, Antonio Muñoz Molina confesaba en *Pura alegría* que al principio le costaba mover a sus personajes como si tuviera que llevarlos a peso.¹

Esta diferencia curiosamente se observa también en los procesos de traducción. Los traductores del inglés al español omiten con mucha frecuencia los componentes de movimiento, bien físico como en el ejemplo (1), o metafórico, como en (2).

¹ «Cuando yo escribía mi primera novela, mis mayores sufrimientos no me los daba nunca la narración de los hechos fundamentales, sino la de ciertos detalles engorrosos que era incapaz de resolver. Hacer que un personaje saliera de una habitación, por ejemplo, me costaba más sudores que si tuviera que sacarlo yo en brazos» (*Pura alegría*, p. 82)

1) **We had arrived** within sight of the church... (TS: 79)

Estábamos ya a la vista de la iglesia (VT: 199)

2) ...darkness had quite **closed in**. (TS: 28)

... **era** ya completamente de noche. (VT: 142)

Sin embargo, al traducir del español al inglés, sorprendentemente, se tiende a añadir matices al movimiento que no se encuentran en el original, como hace el traductor al inglés de *Crónicas de una muerte anunciada*. Cuando García Márquez dice «llevarlo» el traductor lo convierte en «arrastrarlo» (*drag*), y *entró* lo transforma en ‘corrió adentro’ (*rushed into*).

3) ...logró **llevarlo** a duras penas al dormitorio. (CMA: 76)

...she managed with great effort to **drag him to** his bedroom. (CDF: 81)

4) ... mi hermana la monja **entró** en el dormitorio. (CMA: 77)

... my sister the nun **rushed into** the bedroom. (CDF: 82)

Y es que el inglés favorece la expresión del movimiento como no lo hace el español. La explicación es tipológica. Las lenguas de marco satélite (*satellite-framed languages*) – el chino y las lenguas indoeuropeas menos las romances– expresan la dirección fuera del verbo, y dejan libre un hueco, el del verbo, que necesariamente hay que rellenar, lo que invita a la expresión de otra circunstancia relativa al movimiento.

5) She _____ **in** → She walked/rushed/.... **in**.

Sin embargo, las lenguas de marco verbal (*verb-framed languages*) –las lenguas romances, semíticas, polinesias y el japonés– indican la dirección en el verbo, de forma que cualquier otra circunstancia que queramos añadir debe aparecer como un elemento

independiente, bien un adverbial o un gerundio, y recibe un énfasis innecesario por lo que suele omitirse en el proceso de traducción (Talmy, 1985, 2000).²

6) Entró ~~andando~~/~~corriendo~~/...). ('lost in translation')

Como resultado de estas diferencias, es posible que los hablantes de lenguas tipológicamente distintas percibamos de forma diferente estos eventos; es decir, los hablantes de español, francés o italiano supuestamente prestaríamos menos atención al movimiento que los ingleses, alemanes o daneses.

3. Pensar para hablar

Lejos del relativismo lingüístico, normalmente atribuido a los antropólogos Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf, que en su versión más radical sostiene que el pensamiento está determinado por la lengua, Slobin (1996) propone su teoría del «pensar para hablar» (*thinking for speaking*). Es decir, propone sustituir los términos *pensamiento* y *lengua* por otros más dinámicos y concretos: las actividades de *pensar* y *hablar*, para de este modo limitarse a los procesos mentales que ocurren cuando se formula un enunciado, «el pensamiento que se produce en línea durante el proceso de hablar» (“the thinking that is carried out, on-line, in the process of speaking») (1996: 75). Así, en lugar de afirmar que la lengua determina el pensamiento en general, Slobin sostiene que los hablantes estructuramos nuestro pensamiento cuando nos preparamos para hablar, seleccionando los aspectos de un evento que cuentan con una expresión preferente en la lengua que utilizaremos.

En inglés se expresa la manera de movimiento con más detalle porque la estructura sintáctica que lo codifica, y el léxico del que dispone, lo favorece. En cambio, en español nos fijamos más en la dirección y menos en la forma del movimiento porque

² «If manner or cause is expressed in the same sentence, it must be as an independent, usually adverbial or gerundive type constituent. In many languages –for example, Spanish- such constituent can be stylistically awkward, so that information about Manner or Cause is often either established in the surrounding, discourse or omitted altogether.» (Talmy 1985: 69)

es lo que nuestra sintaxis prefiere. De ahí, probablemente, que a Muñoz Molina le costara tanto mover a sus personajes.

Veamos otra diferencia que se manifiesta en la manera de enfocar la causatividad. Señala la psicóloga Lera Boroditsky que si pedimos a hablantes de distintas lenguas que expresen un suceso en el que una persona rompe accidentalmente un jarrón, un angloparlante probablemente diría, *He broke the vase*, ‘Rompió el jarrón’, mientras que en lenguas como el español se evita responsabilizar y no se especifica el agente salvo en condiciones muy marcadas. Diríamos *Se (le) rompió el jarrón*. En español preferimos no expresar el causante y enfocar el resultado que ha tenido en el paciente.

Existen lenguas, como el vasco, que poseen un caso nominal especial para identificar al agente de una acción, el ergativo. El vasco, no marca morfológicamente el paciente de un verbo transitivo (frente a otras lenguas que usan un acusativo), pero, sin embargo, distingue formalmente el sujeto de un verbo intransitivo del sujeto causante de uno transitivo, que va marcado con el morfema ergativo (-k).

7) Gizona etorri da.

‘el hombre ha llegado’

8) Gizonak gozokia jan du

‘el hombre se ha comido un dulce’

(Moreno Cabrera 1991: 423)

En las distintas lenguas, también observamos diferencias en la forma de conceptualizar el espacio. Como ustedes saben, el inglés diferencia tres dimensiones para ubicar algo en el espacio mediante preposiciones; se usa *at* para focalizar una posición unidimensional, *on* para una bidimensional e *in* para aquello que se ubica en un espacio tridimensional. De manera que en el «pensar para hablar» en inglés, debemos visualizar qué rodea al objeto que queremos ubicar: uno se sienta normalmente *on a chair* (en una silla) pero *in an armchair* (en un sillón) porque entiende que el respaldo y los brazos del sillón le envuelven, como se aprecia en muchos cuadros de Picasso que en inglés se titulan «woman in an armchair» y en español «mujer sentada»). En español estas tres dimensiones se neutralizan con la preposición *en*.

Pero más interesante resulta el caso de los Pormpuraaws, una comunidad aborígen del norte de Australia, que localiza usando los puntos cardinales, *el libro está al noroeste, pon la silla en el oeste*, etc. De hecho, aunque nos parezca extraño, este uso de direcciones absolutas ocurre en un tercio de las lenguas del mundo, cuyos hablantes, consecuentemente, se orientan en los espacios reales con mucha más facilidad que nosotros. Pero también afecta a otras categorías como el tiempo, que suele estar metaforizado a partir del espacio (decimos, por ejemplo, *el tiempo pasa*). Boroditsky y Gaby (2010) realizaron un experimento con Pormpuraaws, hablantes de inglés y hablantes de hebreo. Se les pedía que ordenaran fotos de una misma persona a distintas edades. Los angloparlantes alineaban las fotos de más joven a mayor siempre de izquierda a derecha; los hablantes de hebreo consecuentes con su forma de escribir, siempre de derecha a izquierda. Sin embargo, los Pormpuraaws sorprendentemente las ordenaban de distinta manera: unos lo hacían de arriba abajo, otros de derecha a izquierda, etc.

Los Pormpuraaws no utilizaban su persona como punto de referencia absoluto sino el eje real Este-Oeste. En ese eje, el pasado se asociaba al Este y el futuro al Oeste, y organizaban las fotos según su posición respecto a los puntos cardinales: si estaban mirando al norte alineaban las fotos de derecha a izquierda; pero si estaban mirando al sur, las alineaban al revés, de izquierda a derecha. Y cuando estaban mirando al Este, las alineaban en dirección a su cuerpo: las fotos más antiguas aparecían más lejos y las más recientes más cerca. Su clasificación cronológica estaba, pues, guiada por la orientación espacial.

Las construcciones lingüísticas con las que codificamos una experiencia condicionan nuestra manera de «pensar para hablar»: así, cuando expresamos un evento de movimiento, un suceso causado, o cuando visualizamos el espacio elegimos las estructuras preferentes en la lengua que vamos a utilizar.

4. Lengua y metáfora

La metáfora³ juega un papel fundamental en el funcionamiento de las lenguas. Al fin y al cabo, la forma lingüística es sólo un reflejo del concepto que queremos expresar, lo que Lakoff y Turner (1980) denominan la metáfora LAS PALABRAS SUSTITUYEN AL CONCEPTO (WORDS STAND FOR THE CONCEPTS THEY EXPRESS). El lenguaje, como metáfora supone la reificación de un ente abstracto al que se accede con dificultad. Para facilitar el acceso se utiliza una entidad concreta, la palabra. Se trata ya de un verdadero proceso de traducción, cuyo valor etimológico sería más amplio: transferencia, trasplante, acomodación (latín *transfero*).

El pintor belga Magritte refleja muy bien esta naturaleza metafórica de la lengua. *Ceci n'est pas une pipe*, «esto no es una pipa», leemos ante un icono de una pipa, un dibujo de una pipa y la misma palabra pipa. Este lema provocador, que niega la imagen que vemos, nos sitúa en el origen de toda reflexión filológica. El hablante utiliza inconscientemente un sistema complejo en el que signo lingüístico, imagen mental y realidad forman un conglomerado casi inseparable. Pero el lingüista debe desmontar ese sistema y observar científicamente cada uno de sus componentes.

En su libro *Metáforas de la vida cotidiana (Metaphors We Live By)* Johnson y Lakoff (1980) defienden que la metáfora no es un recurso ornamental sino un mecanismo mental imprescindible en nuestra comprensión y categorización del mundo. Es una herramienta conceptual, uno de los instrumentos de los que dispone la mente para ordenar y nombrar el mundo. La metáfora conceptual domina el pensamiento y se manifiesta en el lenguaje.

Por ejemplo, la comunicación se expresa mayoritariamente en inglés –también en otras lenguas– a través de lo que Reddy (1979) denomina la «metáfora del conducto». En el marco conceptual dominante de esta metáfora las ideas son objetos y las palabras, recipientes en los que los hablantes introducimos nuestras ideas para transmitir las a través de un conducto al oyente.

³ Utilizo el término «metáfora» como hiperónimo que incluye también el concepto de metonimia.

IDEAS (OR MEANINGS) ARE OBJECTS
LINGUISTIC EXPRESSIONS ARE CONTAINERS
COMMUNICATION IS SENDING

[LAS IDEAS (O SIGNIFICADOS) SON OBJETOS
LAS EXPRESIONES LINGÜÍSTICAS SON RECIPIENTES
COMUNICAR ES ENVIAR]

Esta forma de conceptualización aflora en centenares de ejemplos en inglés:

- 9) Try to **get** your thoughts **across** better.
- 10) None of Mary's feelings **came through** to me with any clarity.

Calcula Reddy que un 70% de las referencias a actos comunicativos en inglés sigue esta metáfora. Este marco conceptual está tan enraizado en la cultura anglosajona que resulta casi imposible evitar. Así, si queremos que un estudiante se exprese mejor, afirma Reddy, una oración como *Try to communicate more effectively, Reginald*, ('Intenta comunicarte de una manera más eficiente, Reginald') no tendrá la misma efectividad que si decimos: *Reginald, you've got to learn how to put your thoughts into words* ('Reginald, tienes que aprender cómo poner tus pensamientos en palabras').

La lengua exterioriza nuestra conceptualización del mundo, que es en gran medida metafórica. Pero los hablantes no somos conscientes de estos marcos conceptuales, de estas estructuras mentales que conforman nuestra manera de ver el mundo, nuestro «inconsciente cognitivo», que se manifiesta en nuestro modo de razonar y en nuestro lenguaje. Sin embargo, nos hacemos conscientes cuando entramos en contacto con otras lenguas que categorizan la realidad de manera diferente.

5. Lenguas en contacto y cambio

La globalización que vivimos ahora es, sin duda, una etapa de lenguas en contacto que propicia los intercambios lingüísticos, especialmente con la lengua franca. Y se quejan nuestros académicos de los anglicismos, con razón en ocasiones, y con menos acierto en otras –hay que decir 'tablavela' no *windsurf* proponía un académico hace unos años; o whisky se escribe con 'g' – recomendaba hasta hace poco la Academia (y

el procesador de textos con el que escribo). Siempre ha habido posturas impositivas sobre la lengua que intentan evitar los cambios.

En 1476, el invento del primer medio de comunicación masivo, la imprenta, impulsó la lectura de los clásicos grecolatinos y con ello se facilitó la entrada de léxico procedente de estas lenguas. Nuevas palabras latinas y griegas enriquecieron el inglés, permitían expresar conceptos que eran difíciles de expresar en esta lengua. Pero ya entonces había «puristas» que rechazaban estos préstamos como «contaminaciones» (Baugh y Cable, 2002). Uno de los grandes «contaminadores» fue precisamente Shakespeare, quien introdujo miles de neologismos.

Más tarde, en 1755, escribía Samuel Johnson en el prefacio a su *Diccionario de la lengua inglesa*:

Tongues like governments have a natural tendency to degeneration.

[Las lenguas como los gobiernos tienen una tendencia natural a la degeneración.]

S. Johnson *Dictionary of the English Language* (1755)

Lo que en cierto modo recuerda al famoso lema de la RAE «limpia, fija y da esplendor»

Afortunadamente Shakespeare usó la lengua libremente. No solo tomaba palabras prestadas de otras lenguas, sino que inventaba otras e incluso cambiaba las reglas de la gramática a su antojo, para conseguir transmitir pensamientos sublimes.

¿Por qué hay tanto miedo a la libertad de los hablantes? ¿Acaso adquirir nuevas palabras y estructuras puede hacernos perder la identidad? ¿Es, de nuevo, un miedo a la degeneración, como sostenía Johnson o sugiere el lema de la RAE?

Si alguna lengua ha perdido identidad, esa es precisamente la lengua franca. De hecho, ya no se habla de inglés en singular sino de *World Englishes*, lo que aglutina a casi un centenar de territorios en los que el inglés es primera lengua o lengua institucionalizada. Los tres círculos de Kachru (1985) distinguen estas variedades.

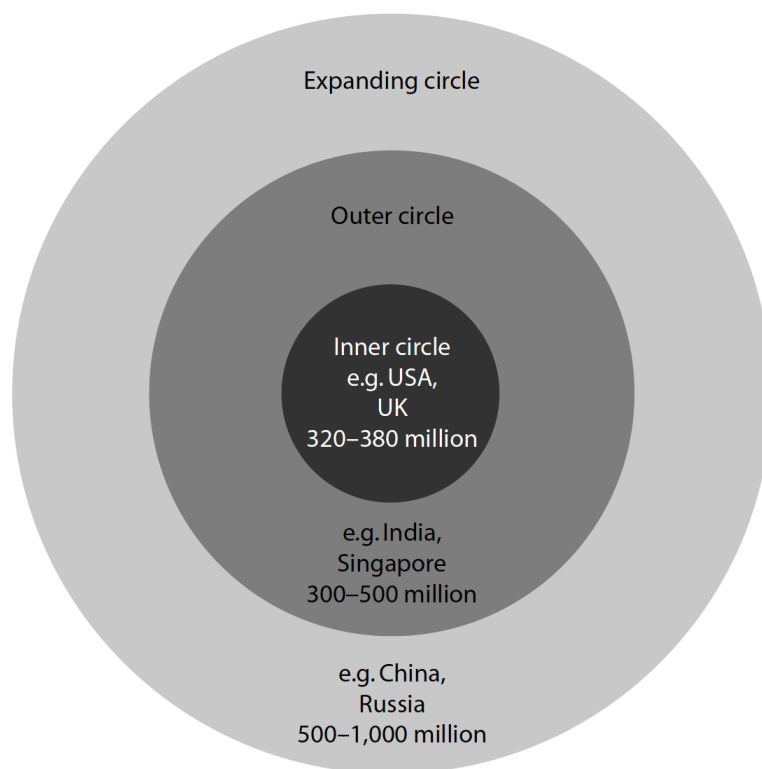


Figura 1. Los tres círculos de Kachru (Crystal 2007:61)

A estos se van añadiendo otros países en los que el inglés va tomando protagonismo, por ejemplo, en la educación, como en nuestra propia Universidad. Se calcula, de hecho, que hay más hablantes de inglés como segunda lengua que como lengua materna, por lo que el concepto de pertenencia se va diluyendo inexorablemente, por más que Theresa May se vanagloriase diciendo «nuestra lengua es la lengua del mundo» cuando el Brexit era todavía una utopía que vender en los Cotswolds.

¿Qué consecuencia tiene este multilingüismo del planeta para el inglés y para las lenguas nacionales?

Siempre han existido lenguas francas, que han coexistido con otras lenguas. El hecho de que haya tanta diversidad lingüística es una prueba evidente de nuestro deseo de mantener nuestras lenguas maternas, nuestras visiones particulares del mundo. Si la lengua fuera un simple instrumento habríamos presenciado mucha más convergencia (Edwards, 2012).

Ser multilingüe es mejor que ser monolingüe. Ciertamente es que el uso de varias lenguas suele producir transferencias. Pero los monolingües también varían

constantemente de registro, de estilo, de dialecto. Los extremeños expresarían el suceso del accidente del jarrón que antes mencioné como «lo ha caído», que no es un empobrecimiento sino una aportación de su lengua, porque no significa lo mismo que «lo ha tirado» o «se ha caído»; han conseguido una nueva forma que explica lo que alguien hace, pero por torpeza o accidente. La transitivización de verbos intransitivos aporta una visión nueva sin necesidad de crear una nueva raíz. Algo que el inglés hace con mucha frecuencia y que no nos asusta cuando lo leemos en el *Lazarillo*; «no nació, me nacieron»

Frente a los monolingües, los multilingües no solo pueden variar de registro o dialecto, sino que tienen un repertorio mucho mayor para elegir, conocen formas de otras lenguas que pueden expresar lo que nuestra lengua *a priori* no permite. Y no veo que eso tenga que ser un inconveniente. La variedad interlingüística puede ser enriquecedora.

Nuestra identidad sigue presente en la lengua nativa por mucho que hablemos otras lenguas. Enriquecemos el léxico y flexibilizamos la sintaxis para poder expresarnos más adecuadamente en el nuevo milenio, sin que con ello destruyamos lo que ya existe.

Salman Rushdie concedor, como pocos, de lo que el sevillano Elio Antonio de Nebrija llamaba «la verdad de las palabras» (la etimología), recupera en sus novelas estos sentidos, por desgracia, ya ocultos en las palabras para los hablantes del nuevo milenio: *Fidel, that ancient infidel made interminable speeches* escribe, que no es lo mismo que decir *Fidel that old unfaithful man made endless speeches*, que sonaría más inglés, pero sería menos profundo. La lengua retiene los significados originales, solo hay que conocerlos y saber usarlos.

Por ello creo que debemos temer menos los cambios, las supuestas «contaminaciones» de la lengua, y defender nuestra identidad mediante la promoción de la cultura, la lectura; mantener el estudio del latín y el griego para que conozcamos «la verdad de las palabras»; aprender lenguas y abrir nuestras mentes a nuevas formas de conceptualizar y dejar que las lenguas fluyan a su antojo, como decía García Márquez. Preocuparnos de tener algo que comunicar y hacerlo de la manera más adecuada en cada circunstancia. Dejemos que Muñoz Molina rompa las barreras tipológicas del español para mover a sus personajes a sus anchas, y hacerles que *salten del tren en marcha* cuando quieran, en contra de la opinión de algunos tipologistas, empeñados en

afirmar que, en español, como lengua de marco verbal, no se puede decir «saltar del tren,» sino «salir del tren saltando», como erróneamente afirman Gunter y Dirven en su *Cognitive English Grammar*:

Germanic and Romance languages lexicalise self motion differently. Thus, in English *The boy jumped off the train*, the verb *jump* conflates 'manner' with 'motion', while in Spanish *El chico salió de el tren saltando*, the manner of jumping (*saltando*) is expressed separately and the notion of path ('off ') is conflated with 'motion' in the verb *salió* 'move out'.

Gunter y Dirven (1997:292)

[las lenguas germánica y romance lexicalizan el movimiento dirigido de manera diferente. Así, en inglés *The boy jumped off the train*, el verbo *jump* combina 'manera' con 'movimiento', mientras que en español *El chico salió de el [sic] tren saltando*, la manera de saltar (*saltando*) se expresa por separado y la noción de dirección ('off') se integra con la de 'movimiento' en el verbo *salió* ']

La lengua materna siempre irá con nosotros por mucho que viajemos y hablemos otras lenguas. Pero no nos engañemos, la comunicación no es mera transferencia, como sugiere el marco conceptual predominante de la metáfora del conducto de Reddy, que llevada hasta sus límites hace innecesarias a las personas una vez que las tecnologías permiten almacenarlo todo. Si no hay ideas dentro de este incesante fluir de palabras, como afirmaba Reddy, lo único que hacemos es repetir el mito de Babel ahora en una torre de telecomunicaciones. Comunicar no es enviar o almacenar ideas en recipientes; también hay que extraer esas ideas y assimilarlas. Y los humanistas ahora más que nunca debemos seguir desempeñando esa labor de reconstruir la cultura y enseñar a reconstruirla; crear capacidad de pensar y libertad intelectual. Por eso es tan necesario conocer bien la lengua, y moldearla, como ya hiciera Shakespeare, para que nos permita comunicar el pensamiento sin límites ni prejuicios.

Referencias

- Baugh, A.C y Cable, T. 2002. *A History of the English language*. Abingdon: Routledge.
- Boroditsky, L. y A. Gaby. 2010. Remembrances of Times East: Absolute Spatial Representations of Time in an Australian Aboriginal Community. *Psychological Science* 21(11),1635-1639.
- Burnet, J. 1903. *Platonis Opera*. Oxford: Oxford University Press.
- Borquist, A. 1906. Crying. *American Journal of Psychology* 17(2), 149-205.
- Bryson, B. 1990. *Mother tongue. English and how it got that way*. New York: William Morrow and Company.
- Crystal, D. 2007. *English as a global language*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Edwards J. 2012. *Multilingualism. Understanding Linguistic Diversity*. London: Continuum.
- Kachru, Braj B. 1985. Standards, codification, and sociolinguistic realism: The English language in the outer circle. En R. Quirk y H. G. Widdowson (eds.), *English in the world: Teaching and learning the language and the literature*. 11-30. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lakoff, G. y Johnson, M. 1980. *Metaphors we live by*. Chicago: University of Chicago Press.
- Lledó, E. 1984. *La memoria del Logos. Estudios sobre el diálogo platónico*. Madrid: Taurus.
- Moreno Cabrera, J.C. 1991. *Curso Universitario de Lingüística General*. Madrid: Síntesis.
- Muñoz Molina, A. 1998. *Pura alegría*. Madrid: Alfaguara.
- Nebrija, E.A. 1492. *Gramática de la lengua castellana*.
- Radden, G. y Dirven, R. 2007. *Cognitive English grammar*. Amsterdam: Benjamins.

- Reddy, M. J. 1979. The conduit metaphor. A case of frame conflict in our language about language. En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and thought*. 284-324. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rushdie, S. 2001. *Fury*. New York: Jonathan Cape.
- Slobin, D. I. 1987. Thinking for Speaking. *Proceedings of the Thirteenth Annual Meeting of the Berkeley Linguistics Society* 13, 435-445.
- Slobin, D. I. 1996. Two ways to travel: Verbs of motion in English and Spanish. En M. Shibatani y S. A. Thompson (Eds.), *Grammatical constructions: Their form and meaning*. 195-219. Oxford: Oxford University Press.
- Talmy, L. 1985. Lexicalization patterns: Semantic structure in lexical forms. En T. Shopen (Ed.), *Language typology and syntactic description. Grammatical categories and the lexicon*. 57-150. Cambridge: Cambridge University Press.
- Talmy, L. 2000. *Toward a cognitive semantics. Typology and process in concept structuring*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.
- Wierzbicka, A. 2014. *Imprisoned in English. The hazards of English as a default language*. Oxford: Oxford University Press.